

## INDUSTRIA ARGENTINA: SÍMBOLO DE LO QUE PODEMOS SER

La industria nacional argentina ha atravesado, a lo largo de la historia de nuestra región, distintos criterios respecto de su función y su existencia. Mariano Moreno sostenía hace más de doscientos años que era necesario producir manufacturas que agregaran valor a la producción primaria. Era una estrategia que tenía un doble sentido: por un lado, el crecimiento de una economía que generara puestos de trabajo y, por otro lado, la soberanía económica como vehículo de independencia política. Además, había un tercer elemento: la construcción de una identidad nacional a partir de los objetos creados.

Han pasados los siglos y los dueños de las mayores extensiones de tierra de nuestro país no cejan en su esfuerzo por impedir estos objetivos. Centralmente, porque piensan que el sector agropecuario es el más productivo. Sin embargo, sin dejar de considerar que pagan retenciones —reducidas progresivamente desde enero de 2016— y que no generan una cantidad de puestos de trabajo significativa, la ganancia queda en pocas manos. Entonces, ¿para qué sirve que sea tan productivo? ¿Y por qué negarse al agregado de valor local? Esto es algo que resulta inexplicable, ya que es posible que ambas producciones coexistan y se complementen, como ya lo hemos experimentado.

En el año 2003 comenzó un interesante e intenso proceso de reindustrialización que generó doscientas mil pymes a lo largo del país, a muchas de las cuales hemos asistido desde este Departamento de Diseño Industrial de la Facultad de Bellas Artes con diversas capacitaciones. La función del diseñador fue estratégica y se implementaron, desde el Estado, programas de promoción industrial que favorecieron el desarrollo de las economías regionales, con innovación tecnológica y, fundamentalmente, asistidos por diseñadores.

Hasta fines de 2015 teníamos un modelo de sustitución de importaciones y de promoción de la industria nacional que se amalgamaba con la producción agrícola.

Luego, producto de las aplicaciones de criterios de la nueva conducción política, cambiamos a un modelo exclusivamente agroexportador.

En este contexto, surgen preguntas cuyas respuestas pululan por las calles: ¿Por qué solo producir bienes primarios (granos, carnes, cueros)? ¿Por qué la producción sojera, si genera puestos de trabajo, no paga retenciones? Si el estado no tiene de dónde recaudar recursos, ¿qué es lo que va a distribuir y a quiénes? ¿Cuáles son los sectores favorecidos cuando los productores de carnes, de granos y de derivados venden en nuestro país, en el mercado interno, al mismo precio que en el mercado externo, en detrimento de los sueldos de los argentinos? ¿Por qué se abrieron las importaciones de todo tipo de productos manufacturados, si en Argentina estábamos produciéndolos? ¿Por qué dejar de producirlos si además de abastecer al mercado interno también exportábamos? ¿Por qué provocar el cierre de industrias, de empresas y de negocios que funcionaban bien, y que proveían puestos de trabajo que sostenían familias? ¿Por qué terminar con un proyecto económico que nos permitía generar nuestros propios bienes? ¿Por qué desestimar el diseño industrial como herramienta estratégica de desarrollo? ¿Por qué dejar de pensar en que el desarrollo industrial es posible, si era una realidad palpable? ¿Por qué elegir volver a ser un país subdesarrollado? Esta realidad no parece poder resolverse sin tener en cuenta que un consumidor, un comprador, es primera y necesariamente un trabajador.

Sumamos otra cuestión: ¿qué significa para los argentinos saberse capaces de desarrollar una industria nacional de calidad? ¿Qué influencia tiene en el humor social sentirnos capaces de ser una nación inteligente, productiva y con perspectivas de una vida más justa? ¿Qué otros mensajes portan los productos diseñados y producidos por nosotros respecto de nuestra forma de vida; de nuestros gustos, capacidades y costumbres; de nuestra manera de estar en el mundo? ¿Qué nos pasa con los productos atractivos fabricados en otro país y que no se ajustan a nuestra forma de vivir o de hacer?

¿Cómo queremos vivir?, ¿con la frente alta o viviendo de prestado?, ¿con tranquilidad o con la espada de Damocles sostenida por el FMI pendiendo sobre nuestras vidas y las de nuestros hijos y de sus hijos?

Estos interrogantes nos atraviesan a todos, diseñadores, consumidores, usuarios, todos. Las respuestas apuntan a una sola razón: el proyecto económico vigente —implementado a partir de este modelo político más viejo que Matusalén— quiere concentrar en pocas manos la riqueza producida. Lo hacen, simplemente, porque les gusta y porque no creen necesario que los ciudadanos con menos recursos necesiten mejores condiciones de vida, ni celulares, ni autos nuevos, ni casa propia, ni salud y educación de calidad; porque quienes gobiernan son los dueños de las empresas que se benefician con estas políticas de agroexportación, importación de productos con valor agregado y obras públicas. Para ellos, la producción agropecuaria es la columna vertebral de la economía complementada por las empresas de servicios. Desconocen absolutamente la función de la industria nacional en el desarrollo económico,

como una manera también de mantener sus privilegios económicos. Creen erróneamente que la industria es solo abordable por los países desarrollados, cuando en realidad es una herramienta de desarrollo que nos ha permitido poner dos satélites nacionales en órbita, diseñados y fabricados íntegramente en nuestro país.

Con este esquema económico es imposible que la balanza comercial sea favorable o, al menos, equilibrada. Estamos frente a un mayor endeudamiento externo sólo para financiar las actividades internas: salud, educación, salarios, jubilaciones, etcétera. Lamentablemente, es un paso gigante que ya hemos dado.

Lo insólito es que el mundo ya ni siquiera discute si la cuestión es la distribución de la riqueza o su concentración. Lo que el mundo discute es quiénes son los dueños de las riquezas, si es la veintena de familias más poderosas del planeta o si son los estados intervencionistas que tratan de proteger a sus ciudadanos y sus riquezas naturales. He aquí otra parte de la respuesta: nuestro país se endeudó en estos últimos quince meses con setenta y siete mil millones de dólares. Las garantías de esta nueva deuda externa son, sin dudas, nuestros recursos naturales. Para que esto ocurra es necesario empobrecer al país, con desempleo, desocupación, flexibilización laboral, pero, por sobre todo, desmoralizándolo, haciéndonos creer que no somos capaces de, por ejemplo, tener una industria nacional de calidad. Con el proceso de desindustrialización apuntan al empobrecimiento, que les permite acordar cláusulas de garantía a costa de nuestros bienes y destruir lo que la industria simboliza, como bien cultural.

Es absolutamente necesario tomar conciencia de esta realidad que se respira, que oprime, que angustia, para poder diseñar las estrategias que nos permitan salir de esta lógica mentirosa y perversa. Para ello, cada uno de nosotros debe pensar en estas cuestiones y comprender que nuestro aporte puede ayudar a revertir esta situación de empobrecimiento general, que podemos construir una fuerza que genere una conciencia colectiva a partir de la sumatoria de individualidades, de la necesidad del bien común como condición previa y necesaria para el bienestar de cada uno de nosotros. Esa es nuestra tarea como ciudadanos, como docentes y como estudiantes, ahora y siempre.

DI Ana Bocos

Directora de *Tableros*

Jefa del Departamento de Diseño Industrial